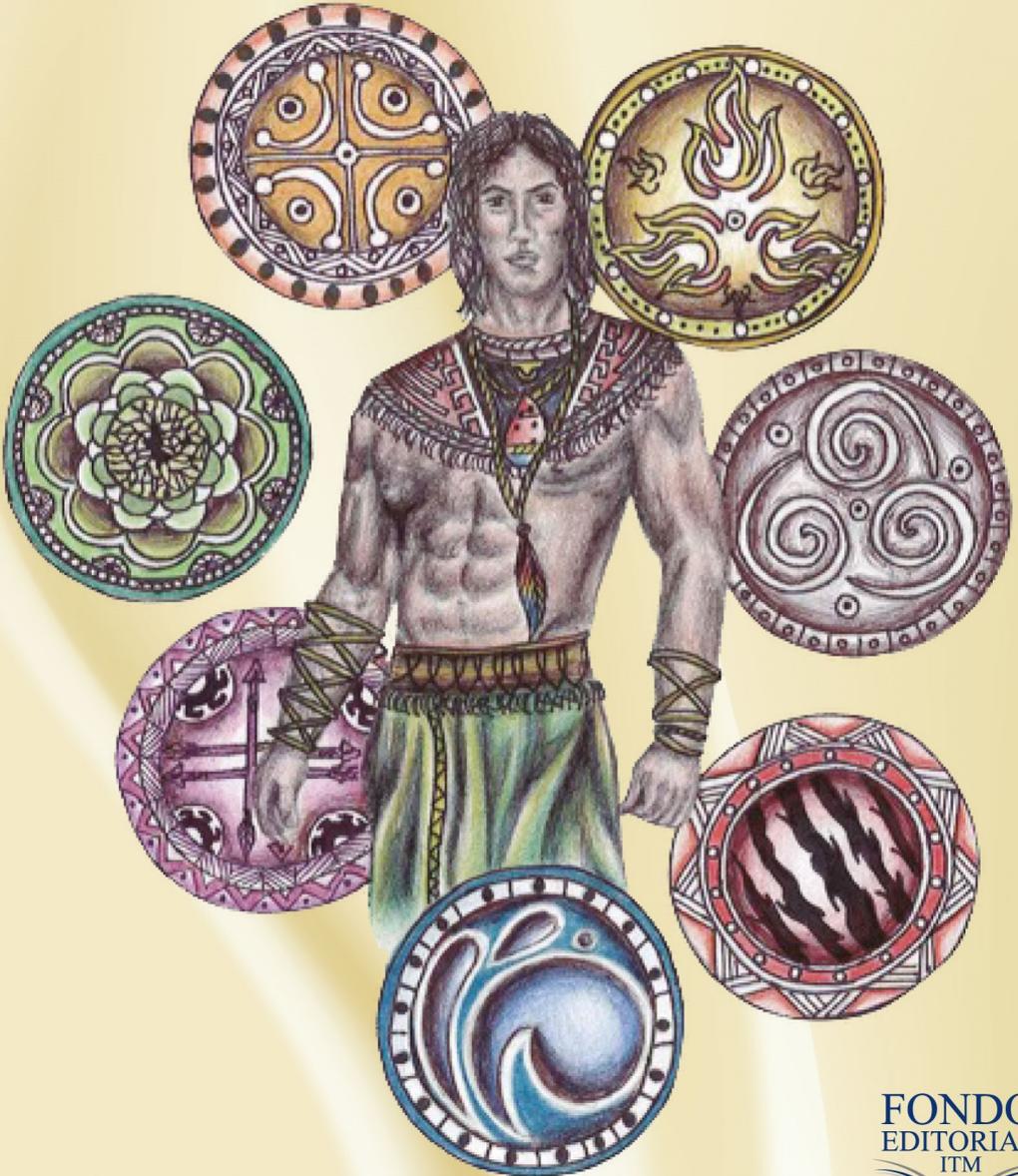


Textos
Urbanos

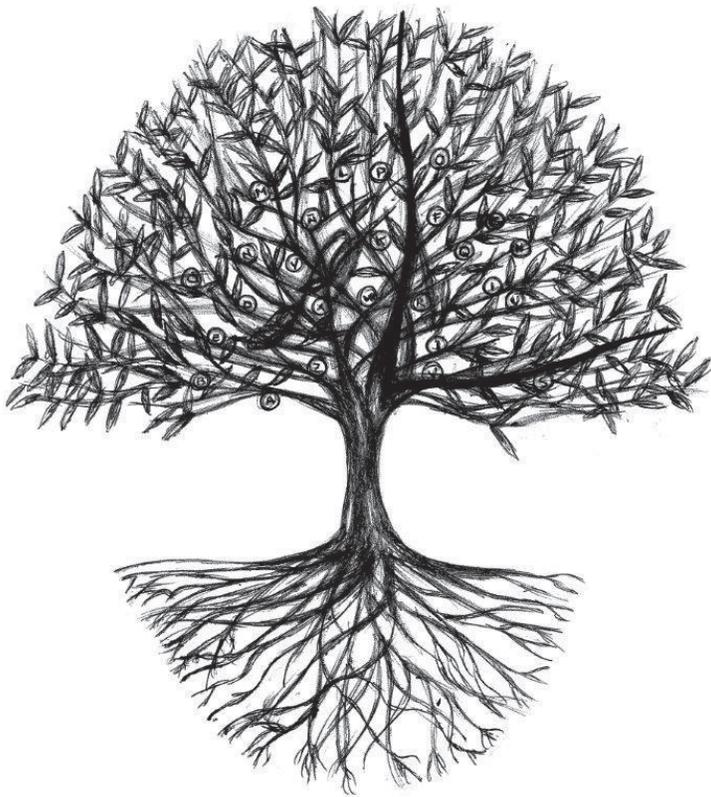
ATAPIUMA

EL ENCUENTRO DE LOS HIJOS DEL SOL



VERÓNICA GÓMEZ URIBE

FONDO
EDITORIAL
ITM





ATAPUIMCA

EL ENCUENTRO DE LOS HIJOS DEL SOL

VERÓNICA GÓMEZ URIBE



Gómez Uribe, Verónica

Atapuma, el encuentro de los hijos del sol / Verónica Gómez Uribe – 1a ed. --

Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2016

201 p. : il. -- (Textos urbanos)

ISBN 978-958-8743-86-8

I. Literatura colombiana I. Título II. Serie

863 SCDD Ed.21

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Atapuma, el encuentro de los hijos del sol
©INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO
©VERÓNICA GÓMEZ URIBE

Edición: octubre de 2016
Hechos todos los depósitos legales

Rectora
MARÍA VICTORIA MEJÍA OROZCO

Directora Editorial
SILVIA INÉS JIMÉNEZ GÓMEZ

Corrección de textos
YENI GÓMEZ URIBE
JULIANA VÁSQUEZ POSADA
LILA M. CORTÉS FONNEGRA

Asistente Editorial
VIVIANA DÍAZ

Dibujos
MARÍA FERNANDA OSORIO LÓPEZ

Diseño y Diagramación
ALFONSO TOBÓN BOTERO

Impresión
EDICIONES DIARIO ACTUAL

Editado en Medellín, Colombia
Fondo Editorial ITM
Instituto Tecnológico Metropolitano
Calle 73 No. 76A 354
Tel.: (574) 440 5197 - 440 5382
www.itm.edu.co
Medellín – Colombia

Las opiniones, originales y citaciones del texto son de la responsabilidad de la autora. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre la autora.

DEDICATORIA

Esculpir el alma con el sople de la vida es mucho más que una pasión. Es deber de toda persona dejarse cautivar por la exquisitez de lo cotidiano. Cuando se mira a nuestro alrededor con los ojos del corazón, se captura la esencia de la energía impregnada en el espacio, que toma fuerza cuando eres consciente de tu entorno, porque más que un adorno en el paisaje, más que un ser estático, más que un compañero de paso, es la vida misma convertida en resistencia, en historia y en tiempo.

Sus hojas simbolizan el amor y la amistad que reverdecen cuando cambia de estación; ellas representan a mis amigos y el amor que permanecen a mi lado. Sus ramas son las venas que transportan la sangre y que representan a mis hermanas, mis tíos, mis primos y mi cuñado.

Su tallo es la savia, es el eje de mi existencia. Representa a mis padres, esos seres que me ha entregado el universo para cuidarnos mutuamente y a quienes les debo todo. Sus raíces son la energía, las alas que permitieron a muchas generaciones tener existencia con la misma raíz ancestral, ellos son mis abuelos.

Y, finalmente, sus frutos son el resultado de un linaje perfectamente conectado con las raíces, el tallo, las ramas y sus compañeras, las hojas. Él representa mi existencia, que cumple los designios de mi propio destino.

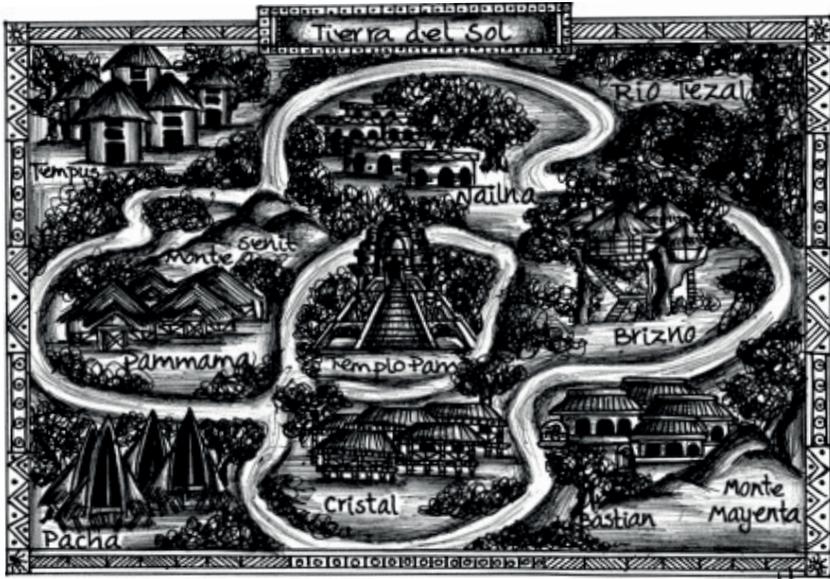
Mi dedicatoria está inspirada en la esencia de los árboles, esos seres especiales que nos abrigan con fuerza y nos protegen a la vez.

Gracias a quienes hacen parte de mi árbol.

CONTENIDO

La tierra del sol	11
La mujer herida.....	17
El regreso	25
Historia de Aludy, primera elegida	33
Juicio de Aludy	43
Eluney hijo de Aludy, el primogénito.....	53
Atapuma y su travesía por Niyeg	59
La última celebración del solsticio	71
El origen de los esquitas	77
Los Nosjthej y la falsificación del pacto sagrado.....	85
Descubrimiento de la falsificación	99
El rescate de Yacu	107
El encuentro de Atapuma y Aludy	117
Regreso al reino Pammama	125
La búsqueda de los hijos del sol	129
Primer hijo del sol	131
Segundo hijo del sol	147
Tercer hijo del sol	157
Cuarto hijo del sol	171
Quinto hijo del sol.....	183
Kerepakupai la montaña sagrada	187

LA TIERRA
DEL SOL



Mull

Existía un lugar vestido de un amplio manto verde, las flores siempre tenían olor a primavera, sus aguas eran traslúcidas como el cristal de un cuarzo, el matiz del verde de los paisajes exóticos se podía visualizar durante el recorrido de su vasta selva. Allí habitaban centenares de especies de aves, mamíferos, insectos y anfibios; había una fauna inexplorable. La aurora sabía a sosiego y el cantar de los pájaros era luces de colores que se encontraban de paso con el arcoíris, el sonido majestuoso de los instrumentos ancestrales equilibraba el entorno de un mundo natural, el plumaje de las aves resaltaba con el nítido cielo celeste y el hombre vivía en un entorno armónico con la madre tierra. Eran en total siete reinos rodeados de montañas, llanuras, vegetación y selva, y sus pulmones eran los bosques tropicales.

Verónica
Gómez Uribe



Dos montes sobresalían, el primero era el Senit, que estaba ubicado en medio del reino Pammama y el reino Nailna, al monte lo precedían historias fantásticas: cualquier persona o animal que permaneciera por más de tres días divagando por sus bosques, el Monte lo consideraba parte de él y estaba condenado a quedarse allí —las criaturas que lo habitaban no le permitían salir—.

El segundo monte se llamaba Mayenta, al Suroriente del reino Bastián, pero fuera de la Tierra del Sol. Allí vivían los nosjthej, eran gigantes de tres metros y sus orígenes datan del mismo tiempo en que se concedieron los mortales. Sus ancestros eran los árboles de ceiba, caucho y cedro.

La historia de los gigantes se remonta al día en que aquellos árboles sucumbieron ante el deseo de desplazarse por el espacio, porque sus raíces —que eran tan profundas— les impedía moverse, así que se desligaron de su piel de árboles para convertirse en gigantes con apariencia humana; tenían un fuerte humor a árbol fresco que atraía mariposas de todos los colores alrededor sus cuerpos, y sobre sus hombros se posaban algunos pájaros, como el trepador de zimmer y el martín pescador; pero, la mascota de los nosjthej desde el principio de los tiempos había sido el tamarino león dorado.

Los gigantes eran seres ingenuos, poco sociables pero amables, lentos pero fuertes; se alimentaban de verduras, hortalizas y frutas, ocasionalmente comían insectos; les gustaba leer y eran extraordinarios artistas, tenían la habilidad de plasmar en un dibujo cualquier imagen, lo hacían con tanta perfección que no se lograba distinguir entre una réplica y su versión original; usaban sus cuerpos como lienzos temporales para plasmar sus escritos.

Su existencia en la tierra estaba ligada al árbol que les dio la vida, si moría el árbol, también ellos morirían. La última vez que se les vio por la Tierra del Sol fue hace más de cien años, en el último solsticio. Ellos siempre asistían como invitados especiales y, a pesar de tener otras costumbres y deidades, participaban en las ceremonias de los mortales, como un acto de amistad y tolerancia.

A la Tierra del Sol la rodeaba un largo, ancho y caudaloso río diáfano, el Tezal, que tenía la apariencia de una serpiente gigante. Nacía en la mitad del reino Pacha y el reino Cristal, sus aguas rodeaban a todos los reinos y justo en el nacimiento del río había una bifurcación que circundaba al templo Pam, este era el más importante en la Tierra del Sol: estaba ubicado en la mitad de los siete reinos, fabricado en rocas gigantes en cuyo interior guardaban las imágenes de los dioses esculpidas en oro, los símbolos de los reinos y los mandatos que los dioses crearon para los mortales.

El templo, un lugar sagrado, servía de encuentro para la celebración del solsticio, y también para que «los protectores» se reunieran a tomar las decisiones más importantes de los reinos.

La Tierra del Sol estaba habitada por ciento doce tribus, distribuidas en siete reinos, según las concepciones que tenían del universo. Utilizaban los dones recibidos por los dioses y la forma en que construían sus viviendas era el reflejo de sus creencias; cada reino poseía un encanto y un dominio diferente, además, les

Verónica
Gómez Uribe



fue otorgada una facultad para dominar una parte del cosmos y de la naturaleza.

Al reino Cristal, establecido en el Sur de la Tierra del Sol, se le otorgó el dominio del agua; al reino Nailna establecido, al Norte, se le otorgó el dominio del fuego; al reino Brizno establecido en el Oriente, se le otorgó el dominio del aire; al reino Pammama establecido en el Occidente, se le otorgó el dominio de las plantas y la tierra; al reino Pacha establecido en el Suroeste, se le otorgó el dominio del espacio; al reino Tempus establecido al Noroeste, se le otorgó el dominio del tiempo; y al reino Bastián, establecido en el Sureste, se le otorgó el secreto para comunicarse con los animales.

Verónica
Gómez Uribe



El reino Cristal era responsable del agua que derramaban las montañas y el cielo, de cada gota caída de los árboles, del agua que cubría los arroyos, los manantiales, los lagos, las cascadas, y del río Tezal —que recorría las venas de la Tierra del Sol—. También era responsable del bienestar de los seres acuáticos, de refrescar a los seres terrestres, aéreos y de dispersar el agua desde lo más profundo de la tierra hasta lo más elevado que la vista de los mortales pudiera percibir. Este fue el regalo de los dioses para el reino Cristal cuyo color característico era el azul.

Este reino desvió el curso del río para rodear sus casas con agua, sin que ello repercutiera negativamente en el ambiente —eran los dueños de los secretos del agua—. Los habitantes asentaron sus viviendas en forma de palafitos, sostenidas en estacas de madera elevadas a tres metros; las paredes y el techo estaban contruidos a base de gema turquesa y de mármol, también utilizaban las plumas de las aves azules como parte de la decoración de sus viviendas. Su vestimenta era de todos los matices del azul, su calzado era lo único diferente. Y, para darle la bienvenida a un nuevo día, los habitantes del reino se sumergían en el agua que contorneaba sus hogares.

De una chispa del sol nació el fuego, el elemento más caótico y difícil de apaciguar. Y al reino Nailna se le otorgaron los secretos para controlarlo. El fuego era sagrado. A través de la figura del protector limpiaba la energía de cada ser humano y con el fuego podían visualizar sucesos del futuro o del pasado. El color otorgado fue el amarillo y sus habitantes lo usaban en todos los matices para vestirse.

Sus viviendas estaban construidas en tierra cruda, sus techos tenían apariencia plana, hechos del mismo material, usaban el plumaje de las aves de color amarillo para decorar su hogar. Cuando el alba llegaba se escuchaba el canto de los gallos y se encendía el fuego que circundaba sus casas.

El reino Brizno controlaba el flujo del aire. Su protector manejaba los vientos; los céfiros, los torbellinos y huracanes. Orientaban, a través de las corrientes del aire, a las criaturas de las alturas; también eran los encargados de transportar las semillas del polen de las plantas para dispersarlas hacia otros lugares. A ellos les fue entregado el color blanco.

Verónica
Gómez Uribe



Sus viviendas eran amplias e iluminadas, fabricadas en guadua y asentadas sobre las copas de los árboles; sus techos tenían la forma de una cúpula o pirámide, eso les proporcionaba tranquilidad mental y una conexión más íntima con su entorno. Su vestimenta era blanca y su calzado marrón.

Al reino Pacha se le entregó el color púrpura. Poseía pleno conocimiento del espacio, los mejores alarifes se encontraban allí, cada forma de construcción física, cada maravilla fabricada estaba en completa armonía con los astros e iba acorde a los principios numéricos. Sus pobladores eran los encargados de distribuir cada cosa en el espacio.

El reino Tempus se encargaba de administrar el tiempo; establecía los periodos para cultivar, para cosechar, para

laborar, para el verano, para el invierno, para el amanecer y para el anochecer. Los dioses le obsequiaron dos regalos más —que debían ser utilizados por el protector del reino—: el primero, la posibilidad de regresar al pasado, pero solo bajo la condición de poder presenciar el nacimiento de su propia vida porque este era un recuerdo que se perdía con el paso del tiempo; y el segundo, la posibilidad de ir al futuro para conocer su descendencia hasta la séptima generación. Su color característico era el anaranjado.

Los reinos Pacha y Tempus construyeron sus viviendas en gema amatista y anaranjada y, al igual que la mayoría de los otros reinos, tenían una obsesión por tener todo del color emblemático de su reino.

El reino Pammama poseía una extraordinaria manera de establecer comunicación con las plantas y la tierra, todos podían escucharlas y saber sus secretos. Sabían perfectamente las propiedades de cada especie, conocían a cabalidad la fertilidad de cada suelo. Este reino era el responsable de conservar el paisaje: los árboles, las flores, las montañas y el relieve natural. Su color característico era el verde. Sus viviendas estaban construidas en esmeraldas y jades, este había sido el único reino que utilizaba todos los colores para su indumentaria, sin embargo, predominaba el verde.

Verónica
Gómez Uribe



En el reino Bastián tenían el privilegio de comunicarse con cada especie animal; podían entenderlos y establecer un vínculo de amor para entrar en contacto verbal con cada uno de ellos, la única condición dada por los dioses era la de no someterlos a maltratos, ni dominarlos para su conveniencia y, lo más importante, no debían ser doblegados ante una mala voluntad del hombre. Habían utilizado la roca como material de construcción en sus viviendas, y en la entrada de sus casas siempre estaba la imagen de un animal esculpido en piedra y madera. Su color característico era el rojo.

En la Tierra del Sol cada reino aportaba armonía, belleza y bienestar.

LA MUJER
HERIDA



Era la víspera del siglo diecisiete ya había transcurrido una centuria desde la última vez que se vio el hombre esquita en la Tierra del Sol. Ese era un día muy especial para la tribu Yatsu, reunidos como de costumbre para festejar la llegada de un nuevo año solar. Los hombres, las mujeres y los niños danzaban y cantaban al ritmo de los sonidos del manguaré, la sonaja, el yurupari y otros instrumentos que se compenetraban para crear un sonido armónico, acoplado al ambiente del ritual. Se percibía un júbilo compartido que duró hasta el nacimiento del alba.

Durante el festín de la celebración se consumieron toda la provisión que habría de abastecerlos hasta la semana venidera; algunos hombres de la tribu, impulsados por el taita Inti salieron de cacería. Su intención era regresar con peces y mamíferos.

Verónica
Gómez Uribe



La cacería fue hecha en grupos de tres y cuatro personas para sentir mayor protección ante la posible presencia de alguna pantera. Motivados por el hambre y las ganas de regresar a su tribu con el mejor manjar de la selva, se dispusieron a cazar. Los hombres observaban con mucha sagacidad y sigilo a las presas, y para no levantar sospechas disminuyeron su andar, luego alzaron sus cerbatanas y con mucha fuerza las soplaron. Fueron tiros certeros con dardos envenenados y, tras cuatro días de caza, habían logrado conseguir una gran cantidad de monos titís cabeza blanca, acuchís rojos, varios pecaríes labiados y cachamas negras.

De regreso a la tribu yatsu, se destapó el cielo dejando caer el agua suficiente para obligarlos a refugiarse bajo los árboles más reverdecidos y abundantes; debieron juntarse para no morir de hipotermia, esperaron allí hasta un poco antes de comenzar el ocaso, pues era demasiado tarde para regresar y optaron por atravesar el monte Senit, atajo que les permitiría llegar al reino Pammama donde se encontraba su tribu.

Algunos hombres objetaron la decisión de la mayoría de usar el camino corto, porque temían a la leyenda de la mujer herida.

Los rumores populares decían que en el monte Senit habitaba una mujer hermosa, vestida de hojas verdes y frescas, de cabello largo y ojos avellanos, que aniquilaba a las personas con cantos alarmantes, produciéndoles alucinaciones y visiones con animales salvajes, al tiempo que jugaba con los miedos más profundos que pudiese padecer cada una de sus víctimas y, cuando estaban al borde de perder la cordura, ella les sumergía su mano en el pecho, les sacaba el corazón y les producía una muerte lenta y dolorosa.

Cuenta la leyenda, que esa forma de producir la muerte a sus víctimas era un acto simbólico. Años atrás, una relación amorosa la había lastimado tan atrocemente que ella cristalizó su corazón para no volver a sentir dolor. Existía solo una manera de no caer en sus encantos y evitar convertirse en su víctima: jamás mirarla a los ojos.

La postura de los hombres que deseaban tomar el atajo era el poder llegar rápido a su tribu, así que, sin darle importancia al rumor de la leyenda se dispusieron a ingresar al monte. Sus pasos eran una procesión de miedo; los hombres que avanzaban con los animales a cuestas solo percibían el sonido del canto de la naturaleza, los sonidos de los animales y el fuerte latir de sus corazones angustiados. Cada paso era el significado de una victoria y el desmentir de una leyenda ancestral.

Estos hombres escatimaron sus pasos para no generar un ruido diferente al de la naturaleza, y cuando llevaban tres horas de camino sintieron la necesidad de tomar agua; unos pocos se separaron del grupo para ir al río, pero a medida que se acercaban lograban visualizar una figura femenina bañándose en él, entonando canciones tan sublimes que producían una sensación de sosiego para el espíritu. La mujer del río se percató de que estaba siendo observada y, poco a poco, se acercó a ellos, con la intención de preguntarles las razones que tenían para transitar por el monte, pero ninguno se atrevió a responder. La mujer hizo nuevamente la pregunta.

Verónica
Gómez Uribe



Kante, un joven de aspecto estridente, levantó su cabeza cuidándose de no mirarla a los ojos —temía que ella fuese la mujer herida—, luego le hizo saber que venían del Occidente de la Tierra del Sol, del reino Pammama y que necesitaban atravesar ese sendero para llegar con mayor ligereza a su tribu. Ella seguidamente preguntó por la tribu de la que provenían y el joven contestó en un tono fuerte y perspicaz: «venimos de la tribu Nacuti, de la tierra de Joaken».

La expresión del rostro de la mujer cambió drásticamente. Pasó de imponente y desconfiada a sorprendida, agresiva y al mismo tiempo nostálgica. Un alarido aturdió a los hombres y al instante comenzaron a salir peces del río que se convertían en asquius, los gigantes del pantano; de entre los árboles salían duendes silbando y con risa burlesca, los espíritus del monte cobraron vida, las lianas de los árboles se enredaron entre los pies, el cuello y la cintura de los hombres.

Verónica
Gómez Uribe



El monte se tornó en tiniebla, la angustia y el dolor se apoderó de los hombres que comenzaron a correr y a jadear desesperados. En cuestión de pocos minutos el verde del bosque se tornó totalmente rojo, y el olor de la naturaleza se esfumó por un fuerte y desagradable olor a sangre. Era la muerte que se expandía entre los árboles del monte Senit.

Al final del recorrido solo cuatro hombres regresaron para contar la historia, mal heridos y casi sin poder hablar, tartamudeaban afirmando que la leyenda era cierta. Dos días antes del regreso de los sobrevivientes se habían escuchado una cantidad de urcututos ululando y volando alrededor de la tribu Yatsu, según las creencias de la Tierra del Sol, esto significaba un mal agüero.

El taita Inti, un hombre anciano de mediana estatura, de cabello albino como el plumaje de la cacatúa de moño blanco y dotado de un espíritu de sabiduría ancestral, fue quien se percató de la presencia de aquellos búhos enigmáticos y presintió que algo malo

habría de acontecer; sintió un miedo profundo que carcomía sus entrañas, era la misma sensación que tuvo la primera vez que cazó un caimán negro de seis metros de longitud. Su rostro no pudo disimular el pavor, era un sentimiento que su alma ya conocía, pero, para apaciguar sus nervios, sacó de su chuspa colorida y tejida a mano unas hojas de tabaco que acostumbraba masticar, pues, según él, el tabaco poseía la cualidad de hacerlo conectar con los dioses.

Al ver el regreso de pocos hombres a la tribu, el taita Inti se dirigió a los sobrevivientes y en un tono angustiados les preguntó por el destino de los demás. El silencio apareció para prolongar la angustia de todos, las miradas entre los hombres que regresaron con vida eran de tristeza y desolación. Esa fue la señal para comprender que los demás no volverían. De repente, se escucharon los sollozos desgarrados de las mujeres, mientras los niños asustados observaban el sufrimiento de sus madres y, en medio del llanto, el taita Inti susurró: «la profecía se está cumpliendo».

Verónica
Gómez Uribe



Taita Inti

Durante varias semanas los acompañó una pesadumbre y un ambiente de desasosiego. Paradójicamente, en sus corazones había una esperanza colectiva, añoraban el regreso con vida de muchos más. El taita Inti ordenó a Kante reunir a toda la tribu Yatsu —y a las otras once tribus del reino Pammama—, para celebrar una ceremonia fúnebre y simbólica en memoria de los desaparecidos. Para los habitantes de la Tierra del Sol, la muerte violenta de los seres amados suscitaba un dolor irreparable, que incrementaba cuando el cuerpo de su ser querido no recibía una digna despedida.

Comenzaron a llegar niños, mujeres, hombres y ancianos de las once tribus. Tecul, Kuna y Wazipá fueron las primeras en llegar, y conforme pasaba el día llegaron las demás. Durante la ceremonia se realizaron sacrificios a algunos animales para obtener su sangre; con ella pintaron sus cuerpos desde la frente hasta los pies, y un pariente de cada desaparecido iba depositando un objeto significativo de su ser querido dentro de una urna gigante hecha de barro y que posteriormente fue quemada.

Verónica
Gómez Uribe



La llama alcanzó los dos metros de altura y alrededor del fuego entonaron canciones lúgubres. Cuando se hubo terminado el ritual, Siwar, uno de los sobrevivientes, se acercó a Kante y le manifestó que durante la ceremonia se quedó extasiado observando el fuego, y su mente se transportó a un recuerdo sobre aquel día maldito; evocó los pasos de angustia, de dolor y los gritos desesperados en el momento en que lograron escaparse de los poderes de la mujer herida. Kante lo miró intrigado:

—¿Cuáles son las imágenes que tienes en tu mente?

—Son imágenes que corresponden a cinco hombres escapando aterrorizados, pero solo recuerdo a Yacu, Tahiel, tú y yo—, respondió.

—Son recuerdos turbados, porque solo cuatro de nosotros regresamos con vida, además, ha pasado mucho tiempo y nadie más ha regresado, es imposible que haya más sobrevivientes.

Prométeme que no hablarás a nadie de este tema, para que no se generen falsas expectativas en la tribu—, objetó Kante.

—Sí, lo mejor es que esto quede entre nosotros dos, es lo más racional.

Caía la noche, el frío se hacía incontrolable, se lograba escuchar el susurro del viento, los árboles se balaceaban de un lado a otro y, mientras todos dormían, Kante se levantó angustiado, tomó su abrigo preferido, uno verde con olor a rincón, bebió un poco de agua de una totuma muy deteriorada y salió de su casa para entonar una luctuosa melodía con su capador.

Caminó por un momento alrededor de las cenizas producidas por el fuego y observó que uno de los objetos no se había quemado. Se inclinó para recogerlo, y cuando lo tenía en sus manos, su cara se tornó sorprendida al descubrir que el objeto le pertenecía a la quinta persona a la que Siwar se refería. Miró para ambos costados antes de guardárselo bajo su brazo izquierdo, pero no se percató que había sido visto por Yacu, su hermano menor.

Verónica
Gómez Uribe



Al amanecer del día siguiente, Yacu se dirigió a su hermano para contarle que había tenido una mala noche, que decidió salir de su casa para caminar un poco y que cuando retornó, lo vio merodear alrededor de la urna.

—¿Qué viste en la urna para que llamara tu atención?—, preguntó.

—Encontré el capador de mi padre y quiero conservarlo.

Yacu sabía de la mentira, sabía que el objeto que Kante estaba observando no era una pertenencia de su padre. Decidió no trascender en el acontecimiento porque en su estado de ánimo no tenía espacio para la curiosidad, estaba tan abrumado por

la pérdida repentina de su padre y su mejor amigo que darle importancia a un simple objeto no era relevante para él.

Conforme transcurrían los días, se normalizaron las actividades en el reino Pammama. Los hombres salían a pescar, a cazar y a recolectar frutas, mientras tanto, las mujeres, niños y ancianos, que poseían excelentes dotes para la artesanía, fabricaban productos de cestería de la palma silvestre yarumo, tallaban la madera y en ella plasmaban figuras de animales y rostros humanos; las mejores habilidades las tenían en la cerámica, eran excelentes alfareros, realizaban vasijas con grabados de su entorno natural y figuras geométricas, fabricaban utensilios, instrumentos musicales y esculturas con figuras de sus dioses en colores extraídos de la naturaleza: del zumo de la fruta de jagua extraían el color negro, de la semilla del achiote extraían los colores rojos y anaranjados y cerca del río Tezal, encontraban la fruta del jenipapo, que les proporcionaba el color marrón claro.

Verónica
Gómez Uribe



Los esquitas estaban convencidos de que la única forma válida de vivir la vida era la suya. Se convirtieron en seres imperialistas y quisieron hacer su voluntad. Desataron guerras y muertes en todos los reinos, y propiciaron desequilibrios mentales al pretender ser los dueños absolutos de todo. Pasaron de lo espiritual a lo material y su principal objetivo era encontrar el Pacto Sagrado que les otorgaría el poder perenne.

Verónica
Gómez Uribe

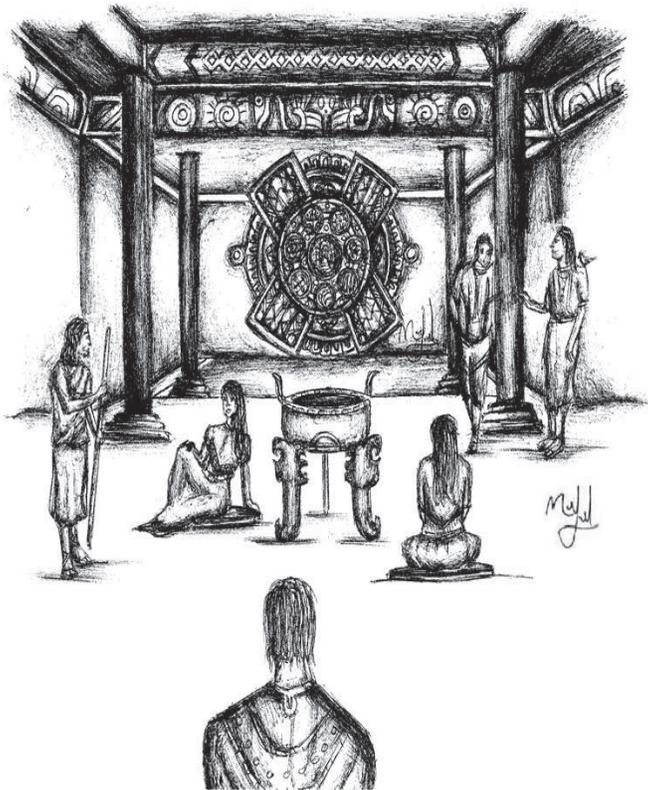


Taikon

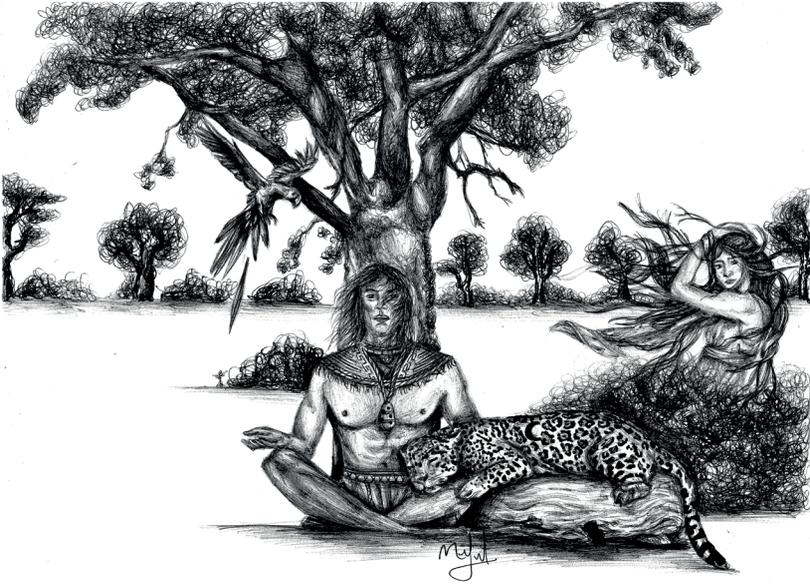
Comandante Hassen Daá

El comandante de los esquitas tenía a su disposición una pantera llamada Taikon, de ochenta centímetros de altura y dos

JUICIO DE ALUDY



ATAPUMA Y SU TRAVESÍA POR NIYEG



CANCIÓN DE AFLICIÓN

(Escuchada por Atapuma en la penumbra de la selva en su retorno a la Tierra del Sol)

Hagamos un abrazo colectivo, en esta canción de protesta contra el desamor.

Nuestro corazón oirá un grito de desesperanza y de dolor.

¿Dónde está el jaguar con las manchas que lo enaltecen?,
¿dónde están las aves libres en el cielo?, su nuevo hogar son las paredes que le impiden atisbar.

¿Para dónde se marcharon los delfines cortejándose en su nadar?

El cantar de los pájaros ha perdido su alegría.

Ya no veo el verde natural, ahora el rojo prevalece.

Vuelve corazón a la esperanza.

Levantémonos en armas de amor y felicidad.

Que no se vuelva a escuchar un gemido de dolor.

El hombre se niega a escuchar a nuestro mundo natural,
a nuestras hermanas las plantas y nuestros amigos los animales.
El río perdió la claridad de sus aguas y ahora solo hay corrientes de sangre.

El mundo enloquece, el hombre se sesgó en odio y en poder.
Pero yo creo en un mañana mejor, puede ser una utopía, pero vamos a intentarlo.

Nuestros hijos merecen conocer y disfrutar el mundo como nuestros ancestros lo dejaron.

Vuelve corazón a la esperanza.

Levantémonos en armas de amor y felicidad.

¡Que no se vuelva a escuchar un gemido de dolor!

Verónica
Gómez Uribe



MI AMIGO EL ÁRBOL

Mis raíces se hallan ancladas en ti.
Es la tierra quien me provee un mundo feliz.
Soy montaña, luna, agua y luz,
bajo un toldo de estrellas quiero vivir.

Dónde están los hombres que luchan por conservar
el verde del jardín, el azul del cielo, y el sabor de la libertad.
Las adversidades me han forjado en fortaleza espiritual.
El río al mudar me inspira a pensar que todo fluirá, que todo pasará.

Soy montaña, luna, agua y luz.
Mis hermanos son las plantas, el río y la flor,
y respiro vida cuando estoy junto a ti.

Gran árbol, amigo de mi caminar, ábreme tu corazón
y extiéndeme tus brazos de hojas frescas, aroma y sabor.
Al ave que se posa en tu ramal, permítele que sienta su libertad.
Regálame vida, regala energía, regálame luz.
Regálame vida, regala energía, regálame luz.
Soy montaña, luna, agua y luz.
Mis hermanos son las plantas, el río y la flor,
y respiro vida cuando estoy junto a ti.

Verónica
Gómez Uribe



DESPEDIDA PARA IKAL Y KUYEN

Vengo de una tierra lejana atravesada por el caudal río Tezal.
Se ha acercado el momento de volver, tal vez forastero me sienta al llegar,
acompañenme en mi nuevo andar.

Atravesaré la selva y los buscaré en mis mejores recuerdos.
Ikal, te quiero volver a escuchar en cada mañana antes de despertar,
acompañame, tú desde el cielo y yo desde acá.

Camino fronteras y alzo mis ojos al firmamento, pero no te veo volar.
Mi ocarina agoniza pues se rehúsa a cantar,
en dónde estarás, te quiero abrazar.

Kuyen, es extraño recibir la noche sin escucharte gruñir,
y continuar los días sin tu pelaje de luna feliz.
Engaño la nostalgia desbordando canciones.

Mi corazón se quiere escapar del dolor de la despedida.
Tambores de guerra y paz escucho al llegar.
Es la contradicción de un mundo separado por el miedo y el amor.

Muéstrenme el camino espíritus del Río.
Muéstrenme el destino luceros del firmamento,
no os diré adiós, pues los traeré devuelta con mi corazón.

Verónica
Gómez Uribe



LA ÚLTIMA CELEBRACIÓN DEL
SOLSTICIO



multitud que gritaba a rabiar; las apuestas estaban reñidas y en medio de muchos gritos, risas y ansiedad comenzó el espectáculo.

Los doce saltarines machos cortejaban a la única hembra; cada macho se posaba en las ramas de un árbol ubicado muy cerca del templo Pam, para luego realizar saltos ligeros entre las ramas y el suelo, acompañados de un fuerte aleteo. El color de sus alas era el imán visual para invitar a la hembra a detenerse a admirar, finalmente la hembra elegía al ave macho que lograba los mejores movimientos y efectos con sus plumas coloridas.

La hembra eligió al saltarín cabeciazul. Había euforia total. El ave macho ganó la posibilidad de aparearse y su dueño se ganó el reconocimiento al mejor amaestrador de aves saltarinas. En adelante, este premio quedó en el reino Cristal durante diez años consecutivos.

Verónica
Gómez Uribe



Se asomaba ya el alba del día postrero, era la señal para retornar. Todos se despidieron sin imaginar que sería el último solsticio que podrían celebrar. Ese también fue el último día en que los mortales compartieron la celebración con los Nosjthej — contó el taita Inti con nostalgia en sus palabras, mientras evocaba los momentos en que su abuelo, Aremasein, lo hacía partícipe de sus relatos—.



Concurso «el mejor cortejador»

EL ORIGEN DE LOS ESQUITAS



En medio de la frondosa selva de camino a los reinos observó que algunos árboles tenían marcas hechas con un objeto punzante, eran marcas muy pequeñas a una altura de dos metros, que él podía ver perfectamente porque medía tres metros. Entonces, se alertó cuando se percató de que aquella marca era el símbolo de los esquitas y se llevó una sorpresa mayor cuando encontró que no eran pocos sino muchos árboles con la misma señal. Aquellas heridas que los esquitas les hicieron a los árboles eran la señal del camino que ellos identificaban.

Las sospechas de Tupín se incrementaron y, sin embargo, aún estaba muy lejos de llegar al Sur de la Tierra del Sol, allí donde estaba reino Cristal, el más cercano después del reino Bastián. Y en el camino de los gigantes era obligación transitar primero por el reino Bastián antes de ir a cualquier otro lugar de la Tierra del Sol.

Verónica
Gómez Uribe



El Gigante Tupín

CANCIÓN DE VALOR

Vamos caminando al encuentro de los ancestros,
la medicina milenaria de la Tierra del Sol nos acompañará,
el taita Inti y la ayahuasca en nuestro camino están.

Vamos dejando miedos atrás, vamos directo a la libertad.
El amor, la vida y amistad son nuestros alicientes para avanzar.

No tengamos miedo, juntos podremos volar,
con la sabiduría de las plantas y el cálido olor de esperanza, lo podremos
alcanzar.

Verónica
Gómez Uribe



Somos guerreros de un ejército de paz, somos los hijos de la libertad.
Somos historia, somos leyendas, somos eternidad.
Las estrellas nos alumbran, las montañas nos abrigan y el río nos regala
vida al pasar.
Ya no habrá dolor que nos detenga, es más fuerte el deseo de la paz.

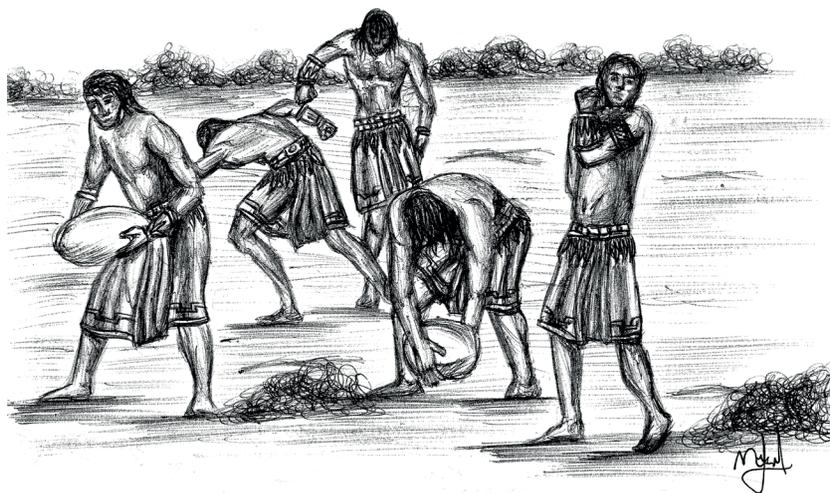
Vamos dejando miedos atrás, vamos directo a la libertad.
El amor, la vida y amistad son nuestros alicientes para avanzar.
Somos guerreros de un ejército de paz, somos los hijos de la libertad.
Somos historia, somos leyendas, somos eternidad.

Mientras se acercaban, Aludy se hallaba sentada cerca al río,
contemplando los diversos colores de las aves en los ramales.

LA BÚSQUEDA DE LOS HIJOS DEL SOL



incluía soportar temperaturas extremas, había tiros al arco con los ojos vendados y peleas cuerpo a cuerpo. Siwar los estaba preparando para expulsar a los esquitas de la Tierra del Sol.



El ejército del gran Siwar

Verónica
Gómez Uribe



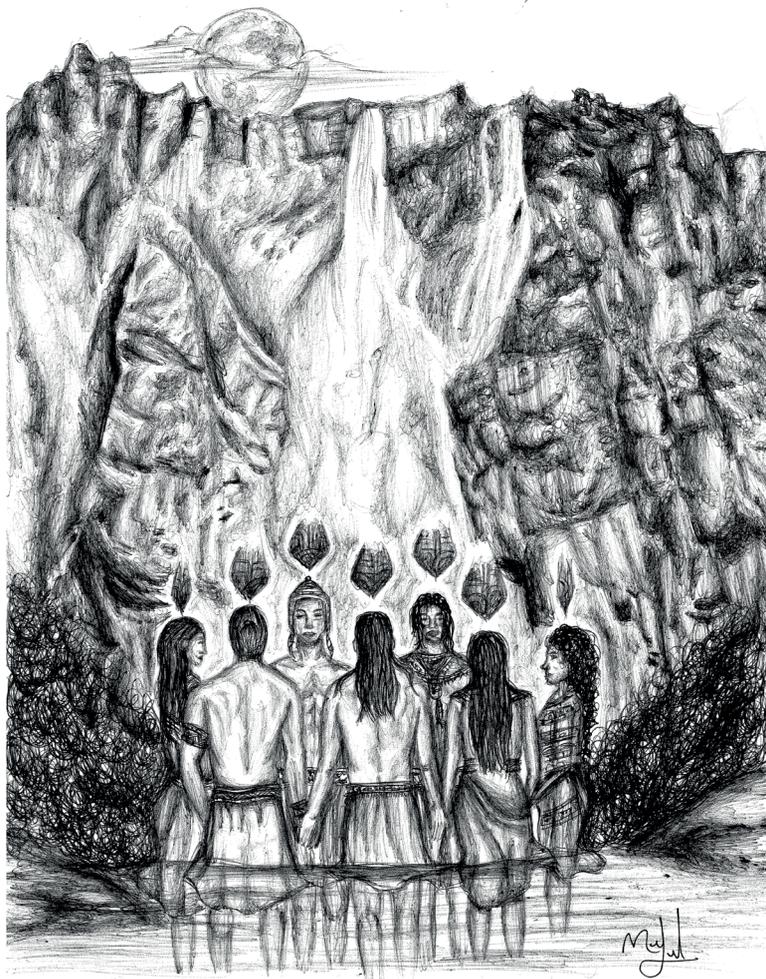
—No estoy de acuerdo con lo que estás haciendo, Siwar, estás formando un ejército para la guerra y nosotros salimos a buscar la paz, la violencia desatará más odio entre los habitantes de la Tierra del Sol —le dijo el taita Inti mientras este observaba el entrenamiento de su ejército.

—Pero la pasividad es tan letal como la respuesta violenta, el fuerte solo es fuerte hasta que el débil lo permite.

—La debilidad no está en lo físico sino en lo espiritual, ellos son fuertes físicamente, pero débiles de corazón, durante años no han experimentado el valor de la amistad, del amor y la esperanza, los formaron con bases de odio, resentimiento y mezquindad hacia los demás, haciéndoles creer que son los únicos herederos de la Tierra del Sol.

—No pienso quedarme sentado viendo cómo los reinos se derrumban, haré todo lo que esté a mi alcance para proteger la

KAREPAKUPAI
LA MONTAÑA SAGRADA



Verónica Gómez Uribe

Nació en Medellín, Colombia. Escritora por vocación, pero financiera de profesión; toda su experiencia vital ha sido enfocada en aspectos referentes a sus estudios, sin abandonar su pasión por la lectura y la escritura. Ha participado en distintos eventos culturales y literarios, entre los que se destacan: el *Festival de las Artes y de las Letras Ciudadela Pedro Nel Gómez*, y en cuentos del *II Festival Municipal de Poesía*. Actualmente lleva a cabo un nuevo reto personal al presentar su libro: *Atapuma, el encuentro de los hijos del Sol*, el cual visualiza en una trilogía que abarca un enfoque mágico de lo natural y ancestral.

Textos
Urbanos

ATAPUMA
EL ENCUENTRO DE LOS HIJOS DEL SOL

Este libro se terminó de imprimir en Ediciones Diario Actual, en octubre de 2016
Fuentes tipográficas: Baskerville para texto corrido, en 12 puntos.
para títulos en Colonna MT, en 18 puntos y subtítulos.